

Nueva Sociedad Nro. 141 Enero - Febrero 1996, pp. 132-143

# La tensión teoría-historia en la izquierda latinoamericana

Diego Martín Raus

**Diego Martín Raus:** sociólogo argentino, docente-investigador de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

## Resumen:

**Las profundas transformaciones de los años 80 y 90 han impactado fuertemente en los paradigmas teóricos de la izquierda y las ciencias sociales. Si al mismo tiempo se admite que en definitiva la llamada realidad social es una construcción elaborada por los mismos actores, surge que como paso necesario para comprender el actual cuadro social es imprescindible asimilar aquellos cambios en el propio discurso.**

*Si a veces siento que la historia se me escapa, no es porque yo no la haga. Es porque también la hace el otro*

**J. P. Sartre**

Una instancia a resolver desde el campo intelectual es el impacto que la caída de los socialismos reales produjo sobre el paradigma marxista, y sobre las ciencias sociales latinoamericanas, su perspectiva de izquierda y la efectividad con que ella se coloca frente a los cambios globales que resultan de las políticas de ajuste de América Latina.

La tradición en ciencias sociales desde la izquierda estuvo fuertemente sesgada en los '60 y '70 al paradigma marxista clásico, al menos en el punto de partida y de llegada del análisis, y en el contexto macrohistórico del desarrollo social. Más allá de análisis enraizados en la especificidad latinoamericana, lo cierto es que la historia de estas sociedades era leída desde el marxismo clásico, con el intento de movilizarla desde el leninismo o el maoísmo. Así, la teoría y la praxis marxista estuvieron predominantemente presentes en las ciencias sociales latinoamericanas.

Los regímenes militares de los '70, su superación política y la etapa de la transición a la democracia en varios países, constituyeron los primeros clivajes que comenzaron a redefinir aquellas posturas en la teoría de izquierda latinoamericana. Como resultado de esta experiencia, de su lectura en clave teórica y de la influencia de la abundante producción neomarxista europea, se dividieron las aguas en torno a la «ortodoxia»

marxista y los nuevos discursos que incorporaban o redefinían categorías de análisis a la lectura marxista de la historia.

La caída del Muro de Berlín y de los socialismos europeos sentenció definitivamente aquella bifurcación, no por oportunismo académico, dado que el debate venía ya desde comienzos de los '80, sino como consecuencia de las primeras lecturas que se hacían de esas «caídas», sus puntos de ruptura, la desaparición de antiguas certezas, la aparición –desde la niebla de los escombros– de otras realidades diferentes a las conocidas, apoyadas y glorificadas, y por ende la reconsideración de varios temas antes excluidos, por heterodoxos, en la agenda académica.

Estas dos instancias que hicieron a la redefinición de la producción teórica de lo social y lo político desde el marxismo impactaron tan certeramente que produjeron, en torno a quienes optaron por la relectura, inevitables polarizaciones. Inevitables pues, se desarrollaron entre actores formados en referencia a una teoría cuasi dogmática de la historia, pero también porque polarizadas o segmentadas son siempre las posiciones teóricas en las ciencias sociales. Por esto la polarización del marxismo teórico en América Latina se desarrolla entre una cerrazón en torno a la ortodoxia por un lado, mientras que por el otro se da una especie de posmodernismo que utiliza la revisión a modo de destrucción completa de las hipótesis y certezas anteriores.

Los «ortodoxos» se atrincheran firmemente en relación a la producción original; la crisis los obliga a releer permanentemente esas obras y, obviamente, extraen de ellas las citas y conclusiones necesarias para demostrar que esto es una crisis histórica y por ende teórica, pasajera; que los «cantos de sirena» por la caída del muro y el fin de la historia en su versión capitalista-democrático-liberal son efímeros y que, como nunca antes, «El capital» y los «Grundrisse» explican esta etapa histórica como lo hicieron con la anterior y lo harán con la inminente, aunque por ahora postergada, revolución socialista. Sus enemigos de «clase» no son tanto los «posmodernos», a quienes ni consideran, ni los teóricos demoliberales de la burguesía, sino los «ex-marxistas» que hicieron de la relectura y la crítica de la historia, y de Marx, su método.

Los «posmodernos» provenientes del marxismo de los '60/70, optan por el aniquilamiento teórico que los había movilizado social y políticamente, cooptan la idea posmoderna del «fin de los grandes relatos» dado que sobre ella no sólo edifican sus nuevas ideas de lo social sino que, sobre todo, les permite dejar atrás definitivamente su corpus teórico de referencia sin obligarlos a la autocrítica teórica y política del mismo, y se detienen en el análisis «aquí y ahora» de las sociedades modernas, sobre todo en sus puntos más sofisticados, específicos y culturales. Rechazan el debate –la teoría ya no existe–, por ende no encuentran oponentes

teóricos a quien detractar y consideran a los «ortodoxos» como anquilosados y antiguos.

Frente a estas dos perspectivas sesgadas aparecerían quienes relejeron y redefinieron, desde la izquierda, la sociedad y las ciencias sociales en los '80 como el futuro posible de la relación historia-teoría en América Latina. Indudablemente la renovación teórica y conceptual, sobre todo si se realiza a partir de la fuerza de los hechos, es decir desde las lecciones de la historia, constituiría el paso necesario para la producción teórica en ciencias sociales en América Latina. Los «enemigos» a vencer serían el oportunismo teórico que tiende a producir discursos en referencia a los temas y conceptos definidos por la moda académica de turno, y/o la decepción producida por el triunfalismo de derecha que hace de cualquier tema menor un punto de discusión masivo, medios de comunicación mediante, y que en su rechazo puede invocar una vuelta a la «ortodoxia de izquierda», peligrosa, no tanto por ser ortodoxa sino por su nivel actual de cerrazón y dogmatismo.

El tema aquí no es plantear que corriente es dueña de la verdad, es más fiel a la acción política clásicamente definida, o está haciendo la lectura más correcta de esta etapa. El punto quiere precisar que uno de los problemas a saldar por la producción intelectual de izquierda es definir posiciones teóricas más firmes en torno a categorías de análisis, conceptos y temas de discusión. Definir de alguna manera, no ciertamente en términos de vencedores y vencidos, el debate actual, le permitiría ser más coherente en la producción social de conocimientos acerca de esta etapa del desarrollo sociohistórico de América Latina, pues esterilizaría las polémicas actuales, inconducentes, entre «renovadores» y «guardianes» de la ortodoxia. Polémica que, por otra parte, consume energías necesarias a la visualización de los nuevos, y a veces sorprendentes, datos de la realidad actual (como, por ejemplo, que gobiernos conservadores que adelantan planes de ajuste obtengan el voto popular).

Ciertamente esta no es una tarea fácil, pues implica trabajar sobre etapas de cambio, pero, precisamente, apartarse de las verdades dogmáticas y producir conceptos en tanto la realidad los exija, es un punto de definición necesario para la intelectualidad de izquierda. Y sobre todo hacer partícipe permanente, como variable de control, la feliz frase de Sartre con que comienza este ensayo.

## II

El impacto cierto del movimiento real de las sociedades contemporáneas en el desenvolvimiento de la teoría está implicando que el discurso sobre lo social desde la izquierda, comience a aceptar, focalizar y analizar en el

debate, conceptos y categorías considerados poco menos que herejías por la ortodoxia de 20 años atrás. De esta manera aparecen en la agenda académica de la izquierda temas como la democracia, las instituciones y el institucionalismo, las formas de la democracia política, cuestiones económicas como la inflación, el déficit fiscal y la productividad, también la eficiencia social y la aceptación de la heterogeneidad social. Estos tópicos no eran incorporados al debate y la producción teórica sobre lo social en virtud de considerárselos elementos de la economía capitalista, o conceptos y formas de sistemas sociopolíticos burgueses. Por esta razón, y sólo por ella, no eran posibles de constituirse como sujetos de análisis social.

El problema en este punto no consistió en considerar que estas categorías y conceptos analíticos eran productos del desarrollo económico del capitalismo, de las formas y el orden social provenientes y de las instituciones políticas de la democracia liberal, pues efectivamente lo eran, sino en pensar que por su origen de clase no merecían ser sujetos de análisis pues distorsionaban una correcta interpretación de lo social, que debía ser socialista y, por ende, pensada y producida con conceptos y formas propias del socialismo. Es decir, las categorías correctas de análisis eran la clase (obrero), la conciencia, la revolución, la ruptura, el socialismo como sistema político a secas, omnicomprensivo, un solo tipo (sentido) de acción social, etc. La dificultad consistía en no ver que los conceptos rechazados por no provenir del vocabulario teórico del socialismo estaban produciendo las formas históricas reales que modelaban el devenir de lo social, que eran incorporados a la sociedad y no necesariamente siempre en forma coercitiva, y que introyectaban la conciencia social y por ende generaban específicas modalidades de acción colectiva.

Esta bifurcación entre lo considerado correcto para teorizar sobre lo social y las formas concretas que estaban modelando a las sociedades históricas, generó los clásicos análisis omnicomprensivos, iluministas, positivistas, con un único sujeto histórico, con un solo fin de la acción social, sin detenerse en mediaciones, en el individuo ni en la importancia de la cotidianidad.

Más allá de la proveniencia y el origen histórico de algunas formas sociopolíticas actuales, lo cierto es que, aunque más no sea que por la situación de crisis y reestructuración económica, la incorporación de variables de análisis específicas de la economía capitalista son hoy necesarias pues la economía global se mueve en torno a ellas. Pero más sustancialmente cobra relevancia la asunción de categorías sociales y políticas como las señaladas, y no por razones de coyuntura sino porque forman parte de las sociedades históricas. Nadie puede hoy dudar que cuestiones como la democracia, la representación y participación política, las instituciones y mediaciones políticas, los partidos, los movimientos y

grupos sociales, los diversos modos de concebir la acción social, la no definición de clase de todas las acciones colectivas, informan y conducen el desenvolvimiento de las sociedades contemporáneas. Y por eso dejan de ser un punto de referencia académico propiedad de la izquierda o la derecha. Como tópicos teóricos son parte constitutiva de nuestras realidades concretas, por ende sujetos analíticos universales dentro del espectro de definición ideológica. El sesgo izquierda-derecha puede comenzar en el momento de la instrumentación política de esas formas y categorías analíticas, pero no antes de su definición e incorporación al debate.

Hoy día algunos análisis sociales y políticos desde la izquierda han comenzado a incorporar estos temas sin rubores y con autocrítica. La propia realidad, sobre todo latinoamericana, mostró la inutilidad del análisis cerrado en sí mismo, realizado para escuchar lo que se quiere escuchar y no lo que se debería, guste o no. Fue esa realidad la que valorizó temas y categorías de análisis antes desechados pero que las sociedades históricas habían incorporado y elaborado en sí mismas, en su cotidianidad, mediados no por su elaboración teórica sino por sus experiencias vitales. Costó dictaduras valorizar lo democrático, violencia aprender el valor de la cohesión, caos asumir la necesidad de las instituciones y sus juegos no siempre claros, autoritarismos incorporar la importancia de las diferencias y la heterogeneidad validadas en su misma realidad y en su accionar concreto.

La izquierda de fin de siglo ya aprehendió estas formas y conceptos que modelan las actuales sociedades globales y que por la historia de América Latina se valoran exponencialmente. Tampoco esto debe suponer una aceptación acrítica de esas formas y sus modalidades de funcionamiento en referencia al lazo social, en base a una expiación de los «pecados de omisión» del pasado. La teoría crítica es casi un patrimonio de la izquierda, por ende debe usarse no sólo para purgar los vicios teóricos y políticos del pasado sino también para saber incorporar y redefinir los nuevos temas del debate. Pero en donde esa crítica no debe negociar ni flaquear es en rechazar de una vez y para siempre la ceguera clásica de la negación a priori, la no aceptación de tópicos de discusión simplemente por no formar parte de la partitura que se quiere oír. Ese rechazo no es sólo honestidad y tica intelectual, sino que, principalmente, es la posibilidad de articular el análisis a la realidad histórica. Aspecto, por cierto, en que la izquierda latinoamericana no se movió felizmente hasta ahora.

### III

Alguien señaló alguna vez que la superioridad del socialismo, como teoría de lo social, sobre el capitalismo, o la forma teórica que este elija para interpretar y analizar a las sociedades, reside en su consideración tica

sobre los asuntos humanos. Y esto podemos admitir que constituye una verdad casi irrefutable. La visión que el socialismo tiene de los individuos y sus agregaciones sociales, el sentido que le da a ellas es superior en términos de valores trascendentes a las ideas utilitaristas y maximizadoras que las varias aproximaciones sociopolíticas del capitalismo han elaborado hasta aquí.

La teoría socialista de la historia es una respuesta al descarnado desarrollo del capitalismo victoriano pos-revolución industrial y, precisamente construye su estructura sobre los efectos perversos que aquel modelo económico dejaba sobre los grupos sociales. Nadie ignora a esta altura que Marx desarrolló gran parte de su teoría global observando el impacto del industrialismo sobre un sector de la sociedad inglesa del siglo pasado. Por ende, en una primera aproximación, podemos situar la teoría socialista como un corpus que intenta acercarse a la sociedad a partir de entenderla compuesta por sujetos que son portadores de valores por encima de los materiales y/o utilitarios. Lo que las primeras ideas del socialismo intentaron rescatar es la comprensión del sentido propio, trascendental y valioso en sí mismo de la vida humana y social.

A partir de aquí, y más allá de las aplicaciones e interpretaciones que la historia política realizó de las ideas socialistas, esta cosmovisión quedó definitivamente impregnada de la responsabilidad con los valores propios del hombre en sociedad. Por ende desarrolló un corpus teórico que explícita o implícitamente estaba dotado de una preocupación diferente a otros y, por ende, permeado por una visión tica de la vida humana y social. Visión que prácticamente ninguna otra formación teórica en la historia de las ideas en el Occidente racionalista (con la excepción de algunos momentos de la doctrina social de la iglesia) puso en un primer plano tan visible, y que le permitió al socialismo constituirse en abanderado de las empresas más utópicas, si por utopía se entiende la intención de realizar al hombre y su sociedad en sus propios valores y sentidos. De esta manera la teoría socialista guarda una trascendencia que escapa a su instrumentación política, una apertura de lo humano que excede las posibilidades de acotarla a una mera instrumentación política de la historia, y una poesía dentro de sus nudos teóricos (a veces excesivamente rígidos o materialistas) que le permitió ser acompañada por multitudes a la vez que constituirse en una de las formas posibles de cambio en torno a una idea de superación de la vida individual y social. La utopía, la poesía; la teoría social del socialismo generó estas especificidades superiores porque se materializó en referencia a lo más subjetivo que tiene el desarrollo de los grupos sociales: el valor infinito, el sentido exclusivo y la oportunidad irrepetible de cada vida humana.

A su vez esta capacidad del socialismo de estructurarse sobre los valores de vida del hombre por sobre los intereses utilitarios o materiales que genera, que son origen del conflicto social y por ende representan el

objetivo político del socialismo, es la condición de supervivencia de la teoría socialista más allá de los avatares del conflicto político. Es decir, el socialismo sobrevive ampliamente a la caída del muro o de los socialismos reales, no porque así lo señale la ortodoxia abroquelada en torno a los viejos textos o el voluntarismo infinito que la militancia socialistas siempre desplegó, sino porque aún nadie se hizo cargo de la tica humana y social que contiene la cosmovisión socialista. ¿De que fin de la historia, de las ideologías y las utopías se puede hablar cuando las condiciones sociales de la acumulación actual, ni que hablar en América Latina, dejan un tendal de sujetos en la miseria y el hambre, generando condiciones que hasta hacen, a algunos, pensar en soluciones como la matanza de niños de la calle en Brasil, a modo de evitar las consecuencias futuras de la pobreza? Y lo peor es que esa miseria se intenta legitimar teóricamente en postulados como la autorresponsabilidad individual, la suerte en el mercado, la antropología del pobre, etc. Mientras nadie, me refiero a una visión construida de lo social, se haga cargo que el hombre, como racional, asume expectativas, esperanzas y como hombre tiene derecho a satisfacerlas, y materialice la acción política básicamente en torno a esta realidad, el socialismo tiene su pervivencia no sólo garantizada sino que necesariamente asegurada.

El problema, o más bien la redefinición que la izquierda tendría que hacer en términos de estrategia política, se suscita cuando se realiza el análisis político-teórico que constituye la base de la acción social. Es en ese momento que el análisis de izquierda tendría que saber separar momentáneamente el contenido tico intrínseco en su cosmovisión, de la recolección y lectura cruda de los datos y hechos reales. Y esto no en un sentido oportunista o maquiavélico de la acción política, sino para no entrecruzar dos planos en un momento que se debe tener muy en claro por que y cómo se produce, objetiva y subjetivamente, eso que está pasando. Esta claridad en las etapas del análisis deben permitir un diagnóstico certero a partir de entender los hechos no sólo desde la propia racionalidad y sentido de valores, sino también desde otras racionalidades, otros contenidos ticos y valorativos, y otros propósitos de la acción. Superada esa etapa de entendimiento objetivo de la realidad histórica se puede volver a entremezclar la objetividad de los hechos con los propios valores sociales y las específicas intenciones de la acción política, sin temor a entablar un «diálogo de sordos» con la sociedad debido a que se analiza una misma situación desde dos códigos diferentes; y para peor cuando uno de los códigos (el de la izquierda) no está pasando por su mejor momento (en términos de legitimidad y consenso social). Como acertadamente señala Baijtin en su «Dialogía»: «No se puede adoptar una posición sin introducir al propio razonamiento la posición contraria».

El socialismo es también, o principalmente, una teoría crítica de las sociedades capitalistas. Ya señalamos que, intrínsecamente, esa razón

crítica reside en las radicalmente diferentes posiciones ticas. La etapa a salvar, en el contexto antes mencionado, es cuando el socialismo analiza críticamente al capitalismo desde esa tica, siendo que esa etapa recién está en el análisis crudo de los hechos. Para citar un ejemplo: cuando Miguel de Unamuno le grita a los fascistas su famosa frase: «Venceris, pero no convenceris», está mezclando dos planos, su tica humanista vs. la racionalidad política fascista en el momento equivocado, pues es el momento en que se debe comprender, en el ejemplo, que la lógica política del fascismo es vencer y no convencer. Por ende Unamuno cierra la discusión sin darse cuenta que su frase crítica no descalifica, ni deslegitima, ni arredra al fascista pues este nunca se propuso convencer; y abandona el terreno convencido de su superioridad en la escala de valores de la construcción de lo social. Lo estratégicamente acertado hubiese sido impedirles vencer, y una vez logrado ello señalar que no vencieron pues nunca iban a convencer, es decir no iban a contar con el consenso social. Así, lo estratégicamente correcto habría sido situarse primero en la lógica del otro para luego, con esa comprensión, sumar la propia racionalidad, las propias convicciones, los propios valores. De los dos momentos indudablemente se puede construir una acción política superior, no sólo en términos de estrategia, sino también de contenidos y legitimidad de la cosmovisión social.

Actualmente está sucediendo algo similar. Tras la caída de los regímenes socialistas se quiere contrarrestar la avalancha eufórica del liberalismo y el neoconservadorismo, señalando que aquellas caídas no significan ni la derrota definitiva de la idea socialista ni el «fin de la historia» en clave capitalista liberal. Para apoyar esto se mencionan los efectos sociales de los procesos de reestructuración económica, efectos que en los países centrales se expresan en el desempleo, los brotes neonazis, la violencia juvenil, los movimientos sociales de protesta. Y en los otros países, sobre todo América Latina, se manifiestan como inconformidad laboral, marginalidad social, violencia policial, prostitución social, mortalidad infantil, miseria global. El contexto común es que esto sucede por la carencia de valores ticos y humanos con que el capitalismo construye socialmente, carencia que está generando estructuras sociales que cristalizan la, ya históricamente predicha, crisis del capitalismo.

Nadie duda de que lo anterior es real porque está ocurriendo, y no sólo en clave hegeliana, porque es pensado racionalmente. El tema, el entrecruzamiento, es que en esta etapa del análisis y del diagnóstico el socialismo no debería pronosticar la crisis del capitalismo ni marcar sus puntos de ruptura en base a sus propias consideraciones ticas de lo social. Reitero, no porque está mal sino porque estratégicamente ese momento debe esperar; esperar el análisis concreto en base a lo que es, lo que está pasando y dentro de la lógica (racionalidad, con lo importante que el tema de la razón es para la teoría socialista) de quien lo está produciendo.



En este sentido sería necesario advertir que cuando las teorías sociales y políticas (neoliberalismo, neoconservadorismo) que estructuran esta etapa socioeconómica de la acumulación, señalan el triunfo del capitalismo como guía de la acción individual y social, ellas tienen razón en cuanto, desde su lógica constitutiva de lo social, el reordenamiento económico, social y político (reestructuración) fue exitoso. Exitoso porque salió de la crisis de acumulación de los '70 sin mayor conflictividad social, porque el ciclo económico se relanzó dentro de nuevas regularidades y estrategias productivas y porque este cambio estructural se realizó en un marco de disciplinamiento social y político que hasta se dio el lujo de legitimarse socialmente ganando sucesivas reelecciones. Y esto no fue sólo un producto neoconservador. Con más atenuantes y mediaciones gobiernos socialdemócratas produjeron los mismos efectos y resultados. Con una victoria adicional, por si fuera poco, que es no haber necesitado apelar, a pesar de la desestructuración de la homogeneidad sociolaboral «fordista» a ese instrumento de último recurso que el capitalismo siempre tiene: la apelación a la coerción (militar) directa. Otro «por si fuera poco»: las formas y valores institucionales propios del liberalismo constituyeron las demandas centrales que produjeron esas auténticas revoluciones sociales que se dieron en la mayoría de los países del Este.

Así el punto es que para el capitalismo y el liberalismo «triumfantes» la marginalidad social, la informalidad, la mortalidad infantil, las áreas que quedan económica y socialmente fuera de modelo, es decir en el atraso y la miseria, la violencia irracional contra las inmigraciones laborales, la prostitución y el narcotráfico, en fin, la pobreza estructural, no son motivos de crisis ni derrota de una modalidad de concebir lo social ampliado, excepto que produzcan una fuerte conflictividad social, al punto de la ruptura sistémica. Y ese momento tampoco se constituiría como momento de crisis sino simplemente como un asunto de seguridad, es decir de represión y reconstrucción del orden social. Para la racionalidad del capitalismo aquellos problemas son problemas políticos y no temas en sí mismos a partir de constituir alteraciones de la dignidad humana y social, de provocar situaciones que ofenden a la condición humana. La tica y los valores propios del capitalismo son sustancialmente diferentes a los del socialismo, y esto no es una cuestión de perogrullo o de literatura romántica, sino que define dos cosmovisiones distintas de lo social, dos modalidades diferentes de entender que se debe privilegiar en términos de necesidades y satisfacciones sociales. Y, sobre todo, en tanto cuerpos teóricos que quieren movilizar la acción social, estas sustanciales diferencias deben ser ampliamente tenidas en cuenta en el momento del análisis teórico, en el momento de juzgar la otra posición, la otra acción.

Sin duda los efectos sociales del actual ciclo económico constituyen potenciales puntos de ruptura y crisis del capitalismo. Pero el tema es que en una primera aproximación se deben entender esos fenómenos dentro

de la misma lógica de quien los produce. Luego se los debe utilizar como categorías de análisis propias, políticas, ya dotadas de los específicos contenidos valorativos. Este proceder en «dos tiempos» ayudaría, quizás, a poder explicar situaciones que de otro modo o son inexplicables o se las analizan públicamente desde marcos anquilosados y ridículos (a modo de ejemplo un dirigente trotskista que anunciaba a la Argentina como tercer escenario de la revolución mundial a partir de las huelgas docentes). Pero, sobre todo, implica un tiempo útil para el propio entendimiento, para la revisión y la autocrítica, para el análisis más pausado y completo, para, decía Bajtin, entender también la posición del otro. Esto, otorgaría sustancial ventaja a la estrategia política, pues se estructuraría sobre un doble proceso de estudio y comprensión de la realidad. Con la ventaja adicional del convencimiento que, en última instancia, se está en una posición éticamente superior, pues es parte el hombre, de la sociedad, de sus creencias y valores, en definitiva, de lo que hace la historia.

El mundo tiene una percepción del socialismo apoyada en los llamados «socialismos reales». Esta imagen fue incluso alimentada por la teoría política socialista, eran países sin hambre, con salud, educación, sin necesidades ni demandas. Por ende si el socialismo quiere ser opción debe reconstituir su discurso, actualizándose en la dinámica contemporánea de lo social. No sólo desde el mismo, su racionalidad, sino también entendiendo lo que hace el otro, cómo lo hace y la manera que lo define.

## **Final**

En primera instancia es necesario reconocer lo que, de tan obvio, hoy aparece como de sentido común: el mundo social se ha complejizado. Infinitamente si se lo compara con la vida social del siglo pasado, siglo de oro para las ciencias sociales, pues los problemas y desafíos puestos en la escena por el naciente y pujante capitalismo no aparecían todavía heterogéneamente, y eran posibles de ser reducidos a una omnicomprensión totalizante.

El mundo del siglo XIX no fue homogéneo ni de fácil lectura, como ningún mundo espacio/temporal histórico lo es. La diferencia quizás la constituye el hecho de que la problemática que en él se insertó, desde la aparición del capitalismo competitivo, la ciudadanización política (al estilo Bendix y Marshall) y las luchas sociales producto de aquella tensión, constituyeron en sí mismos un desafío tan formidable a la explicación científica, que pareció posible, o necesario, ser aprehendidos en una y solo una cosmovisión social.

Así fue precisamente la dificultad de pensar esos grandes cambios sociales, producidos y desarrollados a velocidad vertiginosa para un mundo hasta ahí pensado en grandes y tranquilas etapas evolutivas, lo

que posibilitó la reducción en el discurso, la necesidad de englobar de una vez y para siempre lo que pasaba en el gran proceso de cambio y en la vida cotidiana, y el desarrollo de la sociología del proceso histórico junto a la psicología de los actores de ese proceso. Esta omnicomprensión fue tan asumida por las ciencias sociales que cedieron inmediatamente a la tentación de predecir, desde el diagnóstico de lo actual, el futuro de las sociedades envueltas en ese proceso ampliado y, desde ellas, rectoras positivas o negativas del devenir histórico, al mundo global. Así la dificultad, explicar el agudo cambio histórico que introdujo la economía capitalista en el mundo, no sólo fue salvada en las grandes teorías sociales sino que fue superada en los lineamientos teleológicos con que esas grandes teorías culminaban.

Esto, obviamente, no es malo en sí mismo. Ni constituye una crítica. Sólo intenta situar los grandes cuerpos teóricos del siglo pasado en su lógica constitutiva; que quizás no podía ser otra. Y esta salvedad en la creencia de que toda teoría social obedece en su momento histórico (el búho de Minerva de Hegel) no sólo en su aproximación a su realidad, sino, y quizás principalmente, en sus modalidades de ser producida, de ser elaborada. Es posiblemente en su portación de categorías de análisis, de elección de los sujetos históricos, de definición de sus alcances, de su intención y lógica de producción, por lo que una teoría representa su momento histórico.

En este sentido se pretende ubicar, y recuperar en su lógica constitutiva, las grandes cosmovisiones sociales del siglo pasado: Comte y su espíritu científico-positivo como motor del siglo y futuro de la humanidad; Durkheim y el lazo social como problema a resolver en las sociedades fragmentadas por el trabajo capitalista; Tonnies y la dicotomía comunidad-sociedad; Marx y la nueva sociedad del capitalismo; Weber y la organización de la vida social y política acorde a la racionalidad que el capitalismo introduce (aunque sabiamente a diferencia de otros y quizás por su espacio temporal de análisis, sin cerrar la historia); Pareto y las elites históricas, Michel y la tendencia a la oligarquización del poder, etc. (etc. que contiene nombres y teorías injustamente no mencionados). Las grandes teorías sociales y la posibilidad lógica de capturar en un mundo social diferente, sometido a grandes y veloces cambios; cuanto más grandes y veloces más necesidad de ser reducidos a un núcleo explicativo. El clásico temor humano a lo desconocido, lo nuevo.

Ya entrado el siglo XX, y luego del intento del funcionalismo estructural, pocos pensaban en la posibilidad de precisar el mundo social en su globalidad, y menos predecir su devenir. Ni siquiera un marxismo «más elaborado» (el neomarxismo) respetaba su teleología fundacional.

Pero es a finales de los '70, y sobre todo en los '80, cuando los enfoques o paradigmas explicativos de las ciencias sociales se ven sacudidos

profundamente. En primer lugar por la complejización al infinito del mundo histórico. El desarrollo histórico de las sociedades modernas, ya más allá de la economía capitalista o socialista, había situado en ellas tantas heterogeneidades, particularidades y especificidades, que el análisis social más efectivo y aproximado se agotaba en un grupo social o en una pequeña comunidad política. Trasladarse de ahí al movimiento de grandes colectivos sociales, a procesos cercanos al mundo social, al análisis de las producciones humanas y de sus lógicas intrínsecas, sólo podía ser posible desde el terreno de las hipótesis, los supuestos, las aproximaciones. La sociología de la música con que Weber, como una extravagancia intelectual, cerraba (perdón, sus editores) *Economía y sociedad*, hoy sólo es posible de ser trabajada como, por ejemplo, «la sociología del rock en Inglaterra en la década de los '60». Y seguramente se podría producir un volumen tan extenso como aquel.

El proceso histórico es muy complejo. Se hicieron por ende, también complejas las necesidades humanas de explicarlo. El hombre es racional desde su origen, y racionalidad implica facultad de discernimiento sobre lo que pasa y lo que hace. Por eso el intentar acercarse a la explicación del crecimiento complejo mundo social actual no es una actividad natural sino una necesidad humana y social. Sobre todo porque esa complejidad del proceso histórico sigue siendo, y esto es también propio del hombre y las sociedades conflictivas, al menos tensa. Y mecánicamente, a mayor heterogeneidad y velocidad de los cambios mayor vertiginosidad y diferenciación de los conflictos y los acuerdos, de la guerra y la paz social, del orden y el desorden.

El problema es que muchas veces esto es definido como crisis de las ciencias sociales. Lo que aquí se intenta señalar es que este proceso no debe ser necesariamente leído en clave de crisis, sino de redefinición en las perspectivas y, sobre todo, dejar de lado antiguas certezas, al menos como certezas. Esto no debe entenderse como «el fin de los grandes relatos» como pretende el posmodernismo, sino la búsqueda de nuevos relatos que no necesariamente tienen que tener las formas y modalidades de análisis de los anteriores.

Esta problemática se agudiza pues, como se ha señalado, objetivamente el mundo social se ha complejizado, en esta etapa, bajo el aura de la reacción pragmática, en la peor definición de pragmatismo. Es decir, en la definición que relaciona costos-resultados en el corto plazo. Y este «neoclasicismo» de la vida cotidiana impacta negativamente en la ciencia social pues colisiona violentamente con el espíritu y la lógica inmanente en ella: situarse frente a los hechos del proceso histórico, diagnosticarlos y analizarlos, y elaborar una síntesis sobre los estados de las cuestiones y sus prospectivas, más acotadas o más ampliadas, pero que de ningún modo se inscriben en el corto plazo «economicista» y, por ende, no

respetar, en términos de eficiencia también «economicista», la relación costos-resultados y/o costos-beneficios.

Esto significa la deslegitimación social de la ciencia social. En un mundo que produce la vida cotidiana en términos de agregados económicos, todo lo que no respete esos cánones, y encima tenga carácter especulativo, no preciso y propenso al disenso permanente, ni que hablar del sentido crítico, es desvalorizado. Y es sabido cómo la desvalorización social opera sobre el sentido de valoración individual, es decir, sobre el motor interno que permite dedicarse efectivamente a una tarea social.

El punto es la deslegitimación social de la producción en ciencias sociales. En una visión optimista hay que reconocer que es histórica. Nunca las ciencias sociales fueron reconocidas ni por el poder, al que no siempre sirve, ni para la sociedad, a la que no siempre entiende, y esto no por culpa propia sino de quienes la producen. Pero es cierto que hoy día detenerse a producir en ciencias sociales está «mal visto»: no es rentable, no da prestigio, no tiene brillo ni es un espectáculo que, aunque más no sea por esnobismo como la música clásica o la pintura, arrastre público. El mundo actual es utilitario, pragmático, exige adaptaciones rápidas a cambios rápidos, es individualista, es rentístico. Pero si este es el mundo social que las ciencias sociales deben analizar, entonces deben hacerse cargo de sus efectos colaterales, entre ellos la actitud despectiva con que trata a sus intérpretes.



© 1991 Paul del Barchese/Goodart



© 1995 Paul H. Pines, Inc.

Las ilustraciones acompañaron al presente artículo en la edición impresa de la revista